

El vuelo de la luciérnaga

En un pueblo no muy lejano, vivía un niño de piel clara y ojos color miel con un pequeño destello verde, sus ojos brillaban tan bonito a la luz del sol que parecían dos luciérnagas en su rostro, era un chico soñador que deseaba viajar y conocer el mundo. El pequeño vivía con su abuelo, un hombre con el cabello tan blanco como la nieve, pero era fuerte como un roble, con unas manos prominentes y unos ojos idénticos a los del muchacho. Vivían solos desde hace ya varios años y cada tarde caminaban juntos hasta un pequeño campo en el que, al caer la noche comenzaba la magia, el lugar se iluminaba con el bello destello de las luciérnagas y con esa luz vibrante el viejo le contaba una historia diferente noche tras noche, historias sobre su vida, algunas divertidas y felices y otras no tanto. Lo curioso es que siempre comenzaba con la misma frase: "Mi pequeño niño, seguro que esta historia será la más maravillosa que te he contado", sin duda alguna cada historia era maravillosa, parecía que tenía un millón de aventuras por contar. Pasaban los años, el niño se volvía un joven y el viejo cada vez caminaba menos, pero las historias del anciano seguían siendo fabulosas. Después de mucho tiempo y cientos de historias más, el viejo le dijo al joven que ya no tenía más relatos por contar y ya no podía viajar hasta el maravilloso campo que tanto les gustaba visitar. Sus pasos se habían vuelto lentos y hablar le era difícil, su cabello blanco empezaba a caerse y sus manos ya no eran las de antes. El tiempo había pasado, su cuerpo ya no era el mismo, así fue como dejaron de visitar aquel lugar tan bello.

Una mañana el joven amaneció con un malestar en el pecho, pareciese que el aire intentaba desesperadamente abandonar su cuerpo, el corazón se sentía algo extraño, un dolor sin precedentes; después de algunos minutos de tan inexplicable malestar decidió levantarse de la cama llamando a su abuelo en busca de auxilio, ¡Abuelo, abuelo! gritaba el joven desesperado una y otra vez, pero no encontraba respuesta por parte del abuelo, con cada grito el dolor se intensificaba un poco más y comenzó a sentir que el aliento le faltaba, sintió un dolor le tocaba hasta el alma, en ese momento se dio cuenta de lo que había ocurrido, comenzó a llorar

desconsoladamente, todo lo que el joven tenía se había ido, aquel viejo no abrió más sus ojos y las historias llegaron a su fin, la vida que conocía había sido enterrada con el viejo. El joven se sentía muy triste, sentía que esa personalidad animada y feliz que tanto lo caracterizaba ya no estaba, se había ido con aquel anciano. No tenía ganas de salir, ni siquiera de probar bocado, llevaba días sin dormir y el dolor era lo único que su corazón podía sentir en esos momentos.

Una noche tranquila, tan tranquila que se escuchaba hasta el aleteo de una mariposa, aquel chico cayó en un profundo sueño, de pronto, sintió que una luz cálida le inundaba el cuerpo, transformando todo su ser, al abrir los ojos se había convertido en una luciérnaga, estaba tan feliz que empezó a volar siguiendo la luz de la estrella más cercana. Cuando la miró, se sintió tranquilo y como si se tratara de su abuelo le preguntó: "Tata, ¿qué debo hacer ahora que ya no estás?". Sorprendentemente, la estrella giró y le respondió con una voz que transmitía paz: "Vivir, mi pequeño niño". La pequeña luciérnaga, contenta con la respuesta que había recibido, voló de regreso y el joven despertó de su profundo sueño.

Con una determinación enorme, el joven tomó todas sus cosas, salió de casa para iniciar un viaje y conocer el mundo, sin embargo, al intentar salir de casa sintió un escalofrío que le recorría el cuerpo de tal forma que se inmovilizó, fue en ese momento que recordó todas las historias fantásticas que le contaba su abuelo y siguió adelante dando pasos pequeños, pero que lo llevarían a grandes lugares, lleno de ilusión por vivir lo mismo que su abuelo y ser parte de él en cada camino que recorrería.

Pasaron los días, semanas, meses y años, mientras viajaba conoció lugares hermosos y gente maravillosa, atravesando bosques, desiertos y mares, en cada lugar que visitaba, tomaba un trozo de papel y escribía todo lo que había vivido, era como una costumbre, llenando hoja tras hoja de nuevas aventuras hasta que no hubo rincón en el mundo que no hubiera visitado.

Una noche, encontró un campo hermoso lleno de flores y luciérnagas, como aquel que visitaba con el viejo. Entre tanta belleza los recuerdos inundaron su mente y la tristeza se hizo presente una vez más. No había día en que no extrañara a la persona con la que vivió por tantos años, pero no todo era triste, pues recordaba

con mucho cariño a ese hombre que le enseñó de la vida; entonces se preguntó si sería un buen momento de regresar a casa, se recostó un instante y se durmió con la esperanza de volver a soñar con la estrella que lo había motivado a cumplir su sueño de conocer el mundo. Nuevamente, entró en un sueño profundo y su cuerpo se transformó en una pequeña luciérnaga, comenzó a volar hasta la estrella con la que había hablado, cansado de tanto volar, susurró: "Tata, ¿crees que debería de volver a casa?". Y la estrella, tan sabia como siempre le contestó: "Solo tú tienes el poder de decidir tu camino y a dónde quieres ir". El joven sintió mucho calor, se había hecho de día y despertó. Volteó a ver el campo y con una sonrisa, emprendió el camino a casa.

Después de un tiempo, llegó a pequeño hogar y decidió descansar, para su sorpresa una vez más se transformó en la luciérnaga y continuó volando hasta la estrella. Al llegar, dijo: "Tata, ¿ahora qué debo hacer? Lo único que quiero es volverte a ver. Esta casa no es lo mismo sin ti ¿Qué pasa si ya no vuelvo a soñar?". A lo que la estrella le dijo: "Mi pequeño niño, siempre serás esta luciérnaga. Solo debes aprender a brillar tú solo".

La luz del día lo despertó, el chico giró la cabeza y en su mesa se encontraba un vaso de agua, el mismo que ponía cada noche y al lado, un retrato de su abuelo, pero había algo peculiar en el marco de aquel retrato, pues a plena luz de día, posaba una luciérnaga con una luz preciosa que hipnotizaba a quien la viera. Algo que nunca había apreciado, era un evento extraño, ya que las luciérnagas no brillaban de día, en ese momento, como si ese destello verde iluminara su mente, el joven entendió una cosa, que la magia no se encontraba en los destellos de las luciérnagas, ni tampoco en las estrellas, sino en la capacidad de cada persona para iluminar el mundo con su propia luz.

Con el pasar de los años el joven enfrentaba la vida con todas las lecciones aprendidas, con el entusiasmo que le caracterizaba, ese brillo tan especial en sus ojos. Con cada día que pasaba llenaba su propio libro de historias, que no solo tenían su propia esencia, sino parte de la sabiduría que su abuelo había sembrado en él, en un abrir y cerrar de ojos ya se parecía al anciano que tanto amaba, siguiendo sus pasos, les contaba a sus nietos las historias de su juventud,

compartía un vaso de leche con ellos y comenzaba "seguro que esta será la historia más maravillosa que les he contado", las aventuras que les relataba estaban llenas de magia, aprendizaje, lecciones de la vida misma y el recuerdo de su abuelo inmortalizado en su existencia, todo lo hacía con la esperanza de que algún día sus nietos también encontrarán su propio brillo. Un hermoso día, sin esperarlo, el ahora viejo dejó de ser la luciérnaga y se convirtió en la estrella.